

Explicación

El presente escrito formaba parte, como prólogo, de los “Poemas Mentales”. Por diversos motivos decidí quitarlo de dicha producción.

Algunos amigos consideraron que era una “pérdida” ya que, según ellos, contenía algunos elementos útiles.

Nos pareció que el mejor modo de zanjar la cuestión era ponerlo a disposición como aporte.

Eduardo Montes.
Neuquén. Marzo de 2016.
emontes.mh@gmail.com

Prólogo a los Poemas mentales (año 2013)

Introducción

La palabra “poemas” es fácil de explicar porque, justamente, este trabajo en sí, aparte de las explicaciones que lo preceden, consta de un poco más de cien poemas de extensión variable. Veinticuatro de ellos son sonetos, es decir que están compuestos por catorce versos.

Tradicionalmente estos versos son endecasílabos, o sea están formados por once sílabas poéticas, pero en este caso se ha versificado según la variante conocida como soneto en alejandrinos. Esta palabra se utiliza desde la edad media para denominar a los versos que tienen catorce sílabas poéticas.

Aparte de los sonetos hay poemas de longitud variable organizados en estrofas de dos y cuatro versos. En la estrofa de dos versos estos riman entre sí, en las de cuatro versos el primero rima con el cuarto y el segundo con el tercero. Esto tiene una sola excepción, el poema “El desierto” relacionado con el octavo paso en el que se ensayó otra organización. La experiencia no fue muy enriquecedora pero el poema es muy significativo del final de la segunda cuaterna y por eso no fue descartado.

La producción consta de 105 poemas con un total de 3350 versos, todos ellos alejandrinos, todos ellos rimados y todos ellos, salvo errores involuntarios, con el mismo ritmo interno, la misma cadencia, dependiente de las acentuaciones.

La profusión de cifras respecto de cantidad de poemas y versos tiene la finalidad de ilustrar que la iniciativa no se limitó a un momento de inspiración con la consecuente producción sino que puede decirse que fue un trabajo muy intenso que sirvió a un trasfondo de inspiración o un trasfondo de inspiración que sirvió a un trabajo muy intenso.

La palabra mental tampoco resulta difícil de explicar y se refiere a la temática de los poemas. La misma está basada en la experiencia disciplinaria realizada personalmente desde septiembre de 2006 hasta mayo de 2010. Una parte de ese período en calidad de aprendiz y a partir del segundo año como discípulo.

Los poemas están inspirados en diversos elementos: las descripciones de los pasos según los materiales de referencia, la síntesis de prácticas de cada paso, los indicadores registrados durante los pasos (sueños, ocurrencias, reflexiones, vivencias, diálogos con el guía interno, etc.), los trabajos de síntesis de pasos, cuaternas y de la entera disciplina.

Todo el material en que se nutren temáticamente los poemas fue extraído de los informes mensuales remitidos al maestro a fin de recibir sus comentarios y ayudas.

La decisión de producir poemas clásicos con rimas estrictas obligó a la utilización de palabras que no siempre son de uso común. Muchas de ellas son casi piezas de museo, lo cual le da a algunos poemas una pátina de antigüedad, de clasicismo que dificulta la lectura al lector promedio (prácticamente todos nosotros). Lo único que puede decirse al respecto es que nos gustaría que el lenguaje corriente fuera más rico pero no lo es y, por otra parte, la decisión de utilizar una estructura clásica fue muy sopesada y nos parece, desde el punto de vista del trabajo interno, la más adecuada para nuestros fines.

Como esta no es una obra que se dirija al “gran público” y hasta ni siquiera al “pequeño

público”, nos pareció que el lenguaje debía ser el que mejor expresara la experiencia de acuerdo a las definiciones precisas del diccionario de la lengua y según los sentidos y significados que se le atribuyeran en el lenguaje siloísta. Las diferencias entre unas y otras fuentes de significados son menos de las que uno, o yo, pudiera presuponer.

En los párrafos siguientes trataré de explicar cómo es que se llegó a la iniciativa, cómo es que se desarrolló y cuáles fueron sus consecuencias.

Todo esto permite encuadrar esta producción en la categoría de “relato de experiencia”. No puede encuadrarse en la categoría de monografía porque, de modo inverso al habitual en las mismas, se realiza una producción (los poemas), se explica cómo se llegó a configurar el proyecto, cómo se realizó, qué consecuencias se extrajeron y, por último, qué hipótesis se desprenden de ella o, con mayor precisión, concomitan con ella.

Es decir, no es una monografía porque en lugar de comenzar estableciendo una hipótesis y luego fundamentarla e ilustrarla, hemos desarrollado las ilustraciones y los fundamentos y luego extrajimos de allí unas hipótesis que no guardan relación lógica con los desarrollos sino de concomitancia, es decir, surgieron como ocurrencias, evidencias o efectos colaterales contemporáneos con la producción de los poemas e inducidos, tal vez, por la inestabilidad del momento.

Como relato de experiencia podríamos decir que también adolece de algunas deficiencias. En el mismo se abarca un tiempo amplio, no se especifica cuál es la intención del operador y, por último, no se dan precisiones acerca de las operaciones realizadas.

Tal vez sería más adecuado denominarlo “relato de un momento de proceso y su síntesis alegórica”, apelativo largo y, seguramente, pleno de equívocos, pero que, provisoriamente es el que mejor describe el presente trabajo. Este relato tiene dos partes, la primera es explicativa y la segunda ilustrativa. La primera se formaliza en una suerte de prólogo y la segunda en los mencionados poemas.

Justificación de las acciones

El proceso de la disciplina

La decisión de llevar a poemas la experiencia realizada con la Disciplina Mental fue tomada hace poco tiempo, pero su motivación se adentra en una copresencia cuyos orígenes temporales son bastante más lejanos, aunque me sea un poco difícil establecer precisiones.

Podría decirse que alguna relación tiene con la forma en que fue llevado adelante ese proceso en su momento (año 2006 a 2010).

El formato en que desarrollé la práctica de la Disciplina Mental es el que se llevaba adelante en esos años y que preveía la relación maestro-discípulo. La misma incluía varios elementos específicos que configuraban un estilo y una forma. Entre ellos destaco la realización de rutinas diarias, el mantenimiento de una bitácora donde se anotaban las experiencias relevantes (o todo aquello que uno quisiera consignar), la mecánica de enviar informes mensuales al maestro, la respuesta del maestro a dichos informes mediante comentarios u observaciones, la convalidación de los pasos por parte del maestro quien, cuando apreciaba que el discípulo había madurado la comprensión del paso, habilitaba a emprender el siguiente.

Todo lo anterior matizado por elementos tales como retiros y trabajos exploratorios (especie de sondeos transferenciales basados en imágenes de tipo ascendente), fueron configurando una experiencia de gran singularidad. En esta experiencia no es secundario el registro de formar parte de un conjunto muy especial y de ser uno mismo alguien especial. Por lo menos en mi experiencia particular no faltó el registro de sentirme «elegido». Y de hecho lo era porque, más allá de los méritos o su ausencia, algunas personas eran seleccionadas para realizar estos trabajos y otras, como consecuencia, no. Esto, es claro, estaba fundado en la propia mecánica de la enseñanza disciplinaria, es decir, si la transmisión de la experiencia, o como se llame, requería de una relación particular que ya hemos precisado como de maestro y discípulo, es evidente que el límite estaba puesto por la disponibilidad de maestros y esta, a su vez, dependía de la velocidad y propiedad de los procesos de aprendizaje y de la completitud de los trabajos disciplinarios.

A lo anterior se suman cuestiones relativas a la conformación de la Escuela que, por esos momentos tenía una suerte de «estructura» que variaba en sus características de acuerdo al momento. Parecen haber habido varias hipótesis de organización siempre teniendo como base una Escuela unificada.

La «sede» física de esta configuración era lo que hoy es el parque Punta de Vacas y, más específicamente, su centro de estudios. En el cual cada maestro, en un número máximo de cincuenta, iba a tener su propia habitación, o celda como se le llamaba insinuando copresencias monásticas.

Es totalmente claro para mí que esa forma tuvo la virtud de transformarse en una especie de «centro de poder» que ejercía una influencia fascinante sobre mi conciencia a tal punto que, en cierto momento experimentaba tal presión interna que no se configuraba de otra manera que la de sentir que lo único que quería en mi vida era ser aceptado en ese ámbito.

Entiendo que ese registro no fue ajeno a la mayoría de los que en ese momento participaban del Movimiento Humanista o del Mensaje de Silo, en suma, de las diferentes expresiones del Siloísmo.

Una particularidad que se dio, y en la cual me encuadré a la postre, es que el número de gente que estaba en proceso disciplinario excedía por mucho la cantidad disponible de celdas en Punta de Vacas, es decir que no todos los que llegaron a concluir sus procesos disciplinario y fueran aceptados por la Escuela iban a tener su referencia física en ese lugar.

Las hipótesis de cómo este punto se iba a resolver fueran variadas pero no me consta que alguna se hubiera oficializado. De cualquier modo, cuando estaba comenzando la tercera cuaterna, en simultáneo con una cincuentena de discípulos, el Maestro, en una de esas soluciones a situaciones sin aparente salida a las que él respondía con el recurso más impensado y más obvio, puso en marcha los procesos de camadas en trabajos de nivelación y desarrollo disciplinario.

Esto provocó algunos fenómenos paradójicos, para empezar fue necesario acelerar los procesos disciplinarios que todavía no estaban completos (en mi caso estaba con el paso nueve recién concluido), cosa que estaba fuera de la «cultura» formativa hasta ese momento, es decir, introducía en el presente un factor temporal que si bien no era indefinido, estaba en copresencia y siempre admitía variaciones donde se priorizaban los indicadores más que los plazos. Además provocaba una suerte de «marginalización» de los procesos de la etapa anterior que aún no habían concluido. Es como si en el medio de un desarrollo artesanal se lanzara súbitamente una producción industrial del mismo tipo en gran escala y a gran velocidad. La sensación de ser una tortuga sobrepasada por escuadras de aviones supersónicos estaba garantizada.

Es cierto que el refugio en la degradación suele ser bastante usual, pero afortunadamente no me afectó en este caso. Comprendí que el Maestro había impulsado la solución de un problema por el cual pregunté y me pregunté muchas veces. En algunas ocasiones recibí respuestas muy sueltas de cuerpo afirmando la hipótesis de que la Escuela se iba a cerrar cuando contara con unos treinta o cuarenta maestros, que con eso se garantizaba la continuidad, un poco como si fueran depositarios de alguna reliquia. Es claro que el Maestro impulsó estos argumentos y también es claro que los fue modificando de a poco hasta arribar a la configuración que efectivamente puso en marcha. Con lo cual me queda claro que se pueden decir muchas cosas pero lo efectivo es lo que se decide, se realiza y se documenta. De hecho a lo largo de las décadas fui testigo de los juegos de imagen y registro que hacía el Maestro. Uno iba y venía por su espacio de representación, alejándose de los lugares que no le gustaban mucho y haciendo fuerza para que él hiciera aquello que uno le resultaba cómodo, deseable o lo que fuera por el estilo. Raramente él cumplía con las expectativas del populacho y siempre sus orientaciones superaban con su realidad a las aspiraciones compulsivas.

Esta aceleración «obligó» a trabajar más concentradamente y más extensamente, dedicando menos tiempo a la duda o las experimentaciones sin mayor fundamento. Además, en mi caso, experimenté una especie de corte, de los muchos que iba a experimentar de ahí en más, que consistía en dar por cierto lo hecho hasta ese momento, darlo como asentado e indudable y, a la vez, considerar lo que faltaba como algo que, necesariamente, iba a tener un viso de provisoriedad.

Este registro acompañó hasta la finalización del proceso disciplinario en el que el mismo

se sintetizó como algo abierto, que aún debía profundizarse.

Al producirse el ingreso a Escuela un detalle realzó el registro de «corte», fue el hecho de que la transmisión de los temas de la ascesis iban a producirse en conjunto con los maestros que ingresarán al finalizar los trabajos de las camadas en proceso. Esto fue un elemento más que aumentó el registro de incompletitud.

Esta situación de no haber recibido la «habilitación» para la ascesis tuvo la virtud de instalarme en una suerte de limbo o, en una imagen más cotidiana, en una suerte de sala de espera. Es cierto que los materiales del caso circulaban con profusión y desembozo, pero para mí «no era lo mismo», así no.

La situación de incompletitud tuvo singularidades externas e internas, todas internas en realidad o en estructura, pero hago cierta diferencia basado en cuestiones de profundidad. Por un lado mi «identificación» como grupo no podía emparentarme con los antiguos maestros, aquellos que tenían su celda en Punta de Vacas, y tampoco con los que iban a terminar en el proceso de las camadas, formado en antepredicativos absolutamente distintos.

Algunos maestros de mi formación derivaron de a poco hacia el área de influencia de los maestros más antiguos, ya como referencia para su propia experiencia, ya como protección o, por último, como declaración de pertenencia a un grupo o sensibilidad. Por mi parte no pude orientarme hacia esos comportamientos, por el contrario me parecieron, tal vez con alto contenido de prejuicio, sencillamente perjudiciales. En mi lógica el Negro no cometía errores ni dejaba cosas incompletas, y menos en estos temas, por lo tanto si algo quedaba de cierto modo así es como debía quedar y en eso radicaba una esencia importante de su proceso ulterior y algún rol tendría en el tramado conjunto que, por supuesto, se me escapaba por mucho que intuyera.

La recepción del material de la ascesis, en conjunto con los maestros surgidos de las camadas, tuvo un efecto emocional prácticamente nulo. O sea, fue experimentado como un simple trámite administrativo sin ninguna relación con mi interioridad. El material mismo sufrió toda la intención crítica de la que dispuse en ese momento.

Esto, de alguna manera, de alguna forma con fuerte carga alegórica, hizo que el proceso disciplinario siguiera experimentándose como incompleto. Este registro se fue a la copresencia y sólo adquiriría mayor visibilidad en los momentos en que se producían intentos en el campo de la ascesis.

La partida de Silo, la muerte del Negro

En algún momento de lo que vengo relatando se produjo la muerte del Maestro. Este hecho presagiado y sabido desde hacía bastante tiempo (años, si somos rigurosos), fue otro de los «cortes» experimentados en los últimos años.

Más allá de toda la comprensión de los procesos o de la dinámica de los mitos históricos que quiera tener o pretender, el registro auténtico es que, como mínimo, se fue de mi mundo la persona más interesante que había conocido en toda mi vida, a la que acompañé durante cuarenta años y a la que prácticamente todos los días de mi vida me referí en los términos definidos en la frase «¿habrá alguna novedad del Negro?». Porque el Negro, ya no Silo, era el mayor productor de novedades que existía en el mundo, o el único que me interesaba.

Primera consecuencia de la partida del Maestro, no habrían más novedades.

Esto es una especie de superficialidad, pero a pesar de serlo tenía muchas consecuencias ya que se comenzó a configurar como el indicador más importante del próximo «fin del mundo». ¿Cual mundo?. El mío.

Todas estas cosas empezaron a ser más copresentes de lo que yo hubiera deseado. En presencia me configuraba como buscando mi ubicación en el mundo como siloísta y mi ubicación interna para encarar una búsqueda profunda.

Aparte de todo esto, ante su partida se sintetizó en un solo acto mi relación con él. Es sabido, y experimentado por muchos, que las situaciones de dependencia psicológica tienen como consecuencia registros emotivos ambivalentes. Es tal la presión interna que puede llegar a sufrirse ante la mirada del otro, mirada que tiene toda clase de atributos, que por momentos el «objeto del deseo» se transforma en «objeto del sufrimiento», como es regla en toda relación posesiva, pero más por la intensa sobrecarga de significados más allá del plano terrenal.

Pero cuando el Negro murió, cuando Silo partió, todo eso desapareció y, montado sobre el agradecimiento experimentado en el ingreso a Escuela, sentimiento que lo tuvo como exclusivo destinatario hasta casi de manera injusta, dejando de lado a compañeros y al maestro directo que habían tenido una importancia decisiva, en ese momento experimenté un amor hacia él que era una extraña mezcla de amor a un padre, a un hermano, a un amigo y a un hijo. Todo junto y combinado con las características de un amor único.

La función de las disputas

Como dice el principio, «no importa en que bando te hayan puesto los acontecimientos, etc.», los acontecimientos me fueron poniendo en un bando dentro de las controversias posteriores a la muerte de Silo, muchas de las cuales siempre tuve la impresión de que se habían iniciado bastante antes y que formaban parte de nuestro proceso casi como necesidad propia del mismo, casi como una tensión dialéctica que le daba temperatura al procedimiento, entre otras cosas. Pero en todo caso esa es otra discusión, el caso es que estas disputas tuvieron la virtud de encaminar una energía para la que, por otra parte, no tenía mucho destino.

Así los diversos acontecimientos dentro de organismos o parques me tuvieron, desde lo interno, como activo protagonista. Sin llevarme a la refriega cuerpo a cuerpo, no tuvieron por eso menos capacidad de disipar cargas.

Parte de la estructura de expresión de los maestros está constituida por la producción de monografías o aportes basadas en la propia experiencia o en estudios de campo que tengan alguna relación con los desarrollos disciplinarios o ascéticos.

Por supuesto era de esperarse, para mí y para algunos amigos, que pronto me despachara con alguna producción que, más para ellos que para mí, no iba a carecer de originalidad, fundamentación y corrección expresiva.

En realidad estaba interesado por algunos temas, varios de los cuales tenían alguna relación o relevancia interna, pero ninguno tenía el carácter o la emotividad que suelen acompañar las inspiraciones o, cuanto menos, las ocurrencias.

Para inspirarme de alguna manera me dediqué a leer monografías y trabajos de otros maestros. Esto tuvo la divertida derivación de que orienté mis mejores esfuerzos a, de alguna manera, calificar esas producciones, o sea, se me ocurrió la idea (ocurrencia al fin) de considerarlas suertes de exámenes a ser calificados.

Como profesor no era muy condescendiente, algunas monografías merecían notas muy bajas por considerarlas fuera de tema, algo así como si en una clase de matemáticas un alumno comenzara a exponer sus conocimientos acerca de la caída de Bizancio. Muy bonito, pero fuera de tema, reprobado, sientesé.

Pasado un tiempo, no mucho, de esta actividad me di cuenta, no sin antes pensar en montar una página web donde publicaría las calificaciones del caso, que esta operación se parecía más bien a algo así como «sangrar por la herida» o «si la envidia fuera tiña» y cosas así, de modo que dejé la crítica literaria un poco de lado.

Por otra parte, los conflictos bajaron en intensidad o dejaron de interesarme. Ya empezó a parecerme que las cosas se estaban pacificando, que los enfrentamientos disminuían y cosas por el estilo. Pero en realidad lo que muy posiblemente estuviera sucediendo es que estaba perdiendo el panorama general.

Esto podía estar fundado en problemas topográficos, de la propia ubicación espacial o porque todo aquello que entendía como «panorama» había cambiado radicalmente y esa posibilidad de estar en un punto panóptico ya no era posible.

Preferí pensar que esto último describía mejor la realidad que lo otro y, por lo tanto, era

inútil buscar una posición desde la que «se viera todo» porque esta no existía, lo cual llevaba a que el mundo perceptible es aquel que puedo percibir, como es obvio.

El mundo perceptible

Todas estas intuiciones, comprensiones, ocurrencias o como se les quiera llamar llevaron mi mirada hacia el mundo que veo. Lo primero que advertí fue lo limitado del mismo, lo inmediato y plano que puede llegar a ser.

El registro de mi existencia, su profundidad, riqueza y otros atributos reales o imaginarios empezó a experimentar una reducción extrema. Comencé a registrar, pensar y sentir que todos esos atributos estaban vinculados con una configuración que había desaparecido, la relación con el Negro y sus proyectos, planes e iniciativas y, más allá de las animosas interpretaciones que ven más allá de lo inmediato y perceptual, el registro verdadero era que él se había muerto y se había llevado consigo todo el entretenimiento de verdad y, como si esto fuera poco, se había llevado hasta lo que me hacía a mí interesante frente a mí mismo.

El panorama a simple vista podía interpretarse como una pérdida de sentido al perder una referencia externa muy internalizada. Algo así como un luto.

En realidad es así, algo de luto tenía. No aquel en que uno se pregunta o le pregunta al cielo las razones de un desenlace no querido o que no se puede integrar porque la rebeldía frente al hecho no lo permite. En realidad más que extrañar la presencia de Silo me pasaba experimentar la presencia de su ausencia, es decir había un gran vacío. Era difícil de aceptar o siquiera de formular, pero la realidad es que la vida de Silo y más específicamente la del Negro, constituía prácticamente la totalidad de la mía. No tenía ni proyecto propio, ni gustos propios, ni intereses propios, ni nada propio y puesto a tener por mi cuenta, no quería nada. Nada más parecido a un cuadro depresivo, diría algún psicólogo aficionado. Si lo era tenía modos singulares porque el registro más intenso era el de contar con una gran fuerza sin tener en qué aplicarla.

Suelo distinguir a Silo del Negro porque en realidad Silo no murió, más bien empezó a tener su destino histórico al momento de morir. Pero el Negro era el amigo, el compinche, el maestro, el orientador y todos los apelativos con los que se lo quiera denominar, con el que uno llevó adelante un complot de décadas en las cuales se dio vuelta como una media al cosmos y a la historia. Un juego mental probablemente muy inútil pero extraordinariamente adictivo.

El legado de Silo

En algún momento de esta breve exposición se mencionó el hecho de que la Escuela fue tomando cierta organización, basada en la transmisión de la experiencia disciplinaria y que, además, se habían evaluado diversas formas de organización posibles. Todas tenían la copresencia (o no tan copresencia) de la partida del Maestro, de la muerte de Silo. Por tanto seguramente estarían en el imaginario temas tales como quién o qué heredaría su “liderazgo” o cómo se daría continuidad a esa orgánica y a la enseñanza. Siempre con la idea muy viva de que esa organización, de un modo u otro, iba a tener un carácter vertical y, necesariamente, centralizado.

Silo, que era maestro de todas las disciplinas y además, seguramente, de la disciplina del principio-en-sí-inasible, no tuvo mayores inconvenientes en mover, mediante el recurso de la forma, todas estas expectativas hasta configurar lo que conocemos hoy, una Escuela descentralizada, sin líderes ni orientadores, en parques autónomos, de los cuales todo el tiempo se pone uno en marcha desde iniciativas espontáneas.

Por su parte los parques no es que sean unidades organizativas, se denominan “de estudio y reflexión”, lo cual deja a las claras cuáles son las actividades primarias que se prevén en ellos. Ese carácter pone a las claras, adicionalmente, cuáles son los temas básicos que interesan en cuanto organización, los de su logística, mantenimiento, operatividad, etc. Todo lo cual puede graficarse en que el pasto esté prolijo, no hayan goteras, haya una mínima higiene, se arreglen roturas, se remocen apariencias, etc.

Todo esto, en gente como uno, tributarios de una formación organizativa de tipo vertical, centralizada y de seguimiento casi militar (militante) de las orientaciones (consignas) recibidas estrictamente a través de los distintos niveles (cadena de mando), produce, en su cancelación o transformación, una serie de fenómenos de los cuales destaco uno: el sistema de tensiones que se representa con la imagen de la organización queda, ante lo que se interpreta como vacío organizativo, como tensión a secas, como una forma energética sin sillar material, como un fantasma.

Cualquiera que sabe algo del tema fantasmas tiene en claro que si se desarticula el ámbito de referencia, este conglomerado energético, que es como una grabación, una repetición mecánica, tiende a dispersarse, pero mientras persiste como tal se dedica a hacer ruidos molestos y a asustar a los incautos.

Es claro que la organización según se viene describiendo tiene su utilidad y tiende a producir o posibilitar el surgimiento de ciertos fenómenos, algunos negativos y otros positivos. Pero también su cancelación da lugar a fenómenos que pueden serle propios, y, como en todas las cosas, algunos serán ponderados negativamente y otros positivamente. Una de las cosas que es difícil que aparezca en una estructura vertical y centralizada es la poesía. Para bien o para mal la poesía necesita de un cierto “desorden”, de una cierta “anarquía”, de un cierto “descontrol”, un poco a la manera de cualquier inspiración.

Por esto creo que, entre muchísimas otras cosas, lo que nos legó Silo al dejar las cosas como las dejó es la poesía.

Completar la disciplina

El carácter de incompleto que tenía mi proceso disciplinario, no fundado ni en la propia evaluación más o menos vigílica ni en las evaluaciones de mi maestro, ni en el cotejo con otros, sí lo estaba en cierto registro interno. Y para el caso esto último me era determinante.

Algunas veces pensé en retomar la disciplina desde el paso nueve o el diez y, a partir de allí, buscar los registros indudables que convalidaran su finalización.

Otras veces pensé que lo que no estaba adecuadamente configurada era la recepción de la ascesis y esto me llevaba a la idea de promover una suerte de actividad que ritualmente realizara este procedimiento. Pensaba, por ejemplo, solicitarle a mi antiguo maestro que hiciéramos un retiro donde me transmitiera los tópicos del caso como lo hubiera hecho si hubiésemos estado facultados para ello en su momento.

Estas cosas que fueron seriamente evaluadas, por un motivo u otro, fueron descartadas. Básicamente porque en el fondo no tenían encaje. El primer hito que derivó en la producción de los poemas mentales fue que, si bien me parecía que si una experiencia se considera incompleta lo más adecuado es completarla, esto tenía uno que otro matiz.

El fundamental es que no consideraba que el proceso disciplinario no estuviera realmente incompleto. Había sido completado bajo ciertas condiciones. El problema es que climáticamente consideraba que el trato, el acuerdo, era distinto, es decir, empezó con una condición, con un encuadre, y terminó en otro. En ese caso, ponerse a completar lo que de ninguna manera va a tener el contexto que se le quitó, sería absolutamente inútil.

Pensé entonces que lo que me quedaba era iniciar otra disciplina bajo las condiciones que me parecieran correctas. Así llegué a considerar la posibilidad de realizar la disciplina energética en el esquema que admite el trabajo con la imagen del complemento. Esto quedó allí en espera de ser considerado y aprobado o descartado.

Accidente

Sucedió algo inesperado. Mi padre se enfermó, estuvo internado y había que cuidarlo, mi madre tiene ochenta años y a pesar de que es muy fuerte y joven para sus años, estaba muy agotada. Y por último, mi hermana tampoco estaba en condiciones de salud como para ayudar demasiado. En síntesis, tuve que ocuparme mucho de ellos. La internación de mi padre concluyó y la siguió una convalecencia larga en su casa. De allí prácticamente yo no podía salir porque cada vez que lo hacía ocurría algo extremo que hubiera requerido mi presencia.

Para completar el cuadro, el único televisor de la casa estaba en la habitación de mis padres y no tenía internet (que hackeaba de un vecino) cada vez que se debilitaba la señal que seguramente era distante. Todo esto me sirvió para reflexionar, fue como un retiro con un cerco físico limitado al *living* de un departamento de dos ambientes y con la sola compañía de mi *netbook*. Un retiro extenso, de aproximadamente un mes.

Y entre estas reflexiones y/o divagaciones se presentó una que me resultó de interés. Según esta debía prestar atención a algo así como un abordaje, enfoque, perspectiva o registro poético de la realidad, es decir a una mirada más intuitiva, emocional, directa, sin tanta presencia de la racionalidad (más que de la razón). Recordé la comunicación de Silo desde Punta de Vacas acerca de la experiencia y cómo él hace referencia a cuestiones relativas a la experiencia directa (con el ejemplo del color rojo y la imposibilidad de explicárselo a alguien que no lo conociera) y al tema del enamoramiento como experiencia cercana o como símil de la experiencia profunda por lo menos en cuanto a cierta fenomenología descriptiva.

También recordé que en algunos momentos de inspiración literaria o de otra índole me mostraba más proclive a experimentar con registros producidos por la música. Y digo experimentar porque no sólo escuchaba música porque me gustaban ciertas composiciones sino porque quería observar, tener evidencia de los registros que suscitaban. Así transité por la música brasileña (particularmente la *bossa nova*, afín a mi paisaje de formación), algunos tangos, la música rusa, pasando por la hindú, la persa, kurda, medio oriental en general y hasta el *blues* o el *country* estadounidenses. Todas tenían alguna forma de provocar conmociones que podían ser muy hondas e inefables de acuerdo al grado de introspección o entrega a la experiencia.

En esta ocasión me dediqué a escuchar algunas músicas del repertorio brasileño. Pasé por Chico, Vinicius, Dorival y hasta los más antiguos como Waldir Azevedo. Recordaba que todos ellos en un momento u otro me habían gustado mucho y en ocasiones llegaban a suscitar climas muy extraños y entrañables. Pero esta vez no sucedió eso, por el contrario me torné analítico, focalizando mi atención en cómo estaban escritas sus letras, por ejemplo, observando cómo algunas sólo sobrevivían gracias a la música que las contextualizaban y otras tenían vida propia, podían ser poemas independientes. También, ocasionalmente, escuché algunos tangos arribando a similares conclusiones. Me dije, por ejemplo, que el que tenía más características de poema entre los tangos escuchados era «Malena», con rimas casi perfectas, sonoridad en las palabras, adecuada métrica e imágenes inspiradoras (por lo menos del clima que quieren inducir o expresar).

Pero una sensación iba creciendo de un modo verticalmente crítico. Los modos críticos verticales tienden a descender con gran peso sobre lo criticado no dejando resquicio rescatable.

Me dije que estaba tratando de hacer un abordaje poético de la realidad y este no podía terminar en una refriega por muy pasional que esta sea. Por lo tanto bajé el nivel de conflictividad, algo que es muy apreciado últimamente, según he sabido. Pero sin embargo, algo tenía que decir, y lo que dije fue que las músicas eran fenomenas, algunas tenían una formalidad poética muy interesante, pero que los temas dejaban mucho que desear, sobre todo por su escasez. Estaba claro que el tema predominante era el amor y sus distintas, pocas, variantes de experiencia, después le puede seguir algún derivado como la soledad, la angustia y por último, los paisajes, el terruño o el propio país. Después, si se quiere encontrar alguna densidad diferente ya hay que ir a alguien que se ha intoxicado con algo y escribe letras que nadie entiende pero que sintonizan con un cierto estado que la gente del caso interpreta o, más que interpreta, da por descontado. Bueno, como ese no es mi caso, me quedé conque tanta poesía planetaria para dos o tres temas.

Pensé en algunas expresiones orientales, particularmente budistas, como el *koan* o el *haiku*, o la música china y japonesa. Si bien no dejaba de apreciar los rasgos estéticos de las mismas, experimentaba una suerte de lejanía, me parecieron ajenas, extrañas, difíciles de empatizar, por lo menos para una emotividad alejada de esa cultura como es el caso de la mía.

En estos análisis estaba cuando recalé en el pensamiento según el cual nosotros, por la experiencia interna dotada de un poco más de volumen, podíamos estar en condiciones de dar mayor contenido a la poesía o, por lo menos, aportar algunos temas más que, hoy por hoy, están un poco *demodé*. Deben hacer unos siglos que no se produce poesía mística, por ejemplo.

Allí empezó a vislumbrarse un nuevo elemento que confluiría en los poemas mentales.

La poesía

No es la música el único vehículo que se expresa en modos poéticos. Y en realidad gran parte de la música no es poesía, es ritmo musical. A partir de estas lucubraciones derivé a la poesía propiamente dicha, la que se basa en las palabras y que, si tiene música, esta proviene de la organización de las mismas, es decir, de su ritmo.

Así empecé a buscar poetas, empezando por los más conocidos. A priori tuve que descartar los de otro origen que no sea español o portugués, lenguas que puedo leer más o menos correctamente y cuyos climas interpreto sin, creo, mayores inconvenientes. Pero no me parecía que tuviera validez leer a autores de lengua inglesa, francesa o alemana, por ejemplo, porque estaría leyendo, desde el punto de vista poético, poesías de sus traductores. Esto será discutible o no, pero no iba a perder el tiempo en ello. De modo que allí fui detrás de Lope de Vega, Garcilaso, García Lorca, Rubén Darío, César Vallejos, Machado, Borges y otros.

Algunos me parecieron muy buenos pero volvíamos al problema, los temas se mueven entre el amor, la muerte, alguna cuestión narcisista o nostálgica o, en el mejor de los casos, el formalismo lingüístico. Y es claro, eso tiene una resonancia extraordinaria entre nosotros los mortales, pero de cualquier manera me parecía de una pobreza de experiencia bastante importante. Y esto comenzó a aumentar el compromiso en el sentido de que ante la crítica, y para no quedarse simplemente en ella, había que hacer una propuesta o hasta un efecto demostración.

Cierta vez escribí algunos poemas más o menos inspirados, con imágenes más o menos poéticas, pero sin el más mínimo oficio poético. Eran más bien prosas dispuestas como versos. Por otra parte nunca antes en mi vida había tenido la más mínima atracción por la poesía, mucho menos por la clásica, lo cual me llevaba al aserto categórico de que era un género que tenía dos características, una era que estaba absolutamente pasado de moda y la otra es que era aburridísimo.

Con esta perspectiva en mente era seguro que cualquier iniciativa en esa dirección estaba condenada al fracaso tanto en el orden de la lectura como en el de la escritura.

Sin embargo me dije a mí mismo que expresar algunas experiencias con imágenes poéticas podría ser una buena iniciativa que, por una parte, permite expresar y por otra permite llevar un mensaje a otros. Me parecía una buena idea pero, por alguna razón ignota, no me satisfacía del todo, le faltaba algo o le sobraba algo.

Para empezar me dije que las mayores o más destacadas experiencias que reconocía en mí abrevaban en la experiencia disciplinaria y esta era, en algunos aspectos, muy esotérica para cualquier lector. A esta altura ya estaba pensando en algún lector copresente que, por lo visto no era muy calificado para la lectura poética.

Antes de continuar con el asunto me dediqué a verificar si efectivamente existía en las anotaciones del proceso disciplinario elementos susceptibles de ser expresados poéticamente. Vi que en realidad cualquier cosa puede ser expresada de ese modo, por lo que eso dejó de ser problema. Lo que apareció es la cuestión de que al referirme a cuestiones relativas a la disciplina debía hacerlo en el contexto de un canon, que no podía ser así nomás a la que te criaste, porque se te ocurrió un versito. Que ese tipo de enfoque seguramente podía desbarrancarse en poco tiempo sin llegar a mayores. Esto fue, desde mi punto de vista, una intuición esencial, si iba a hacer poesía tenía que ser de acuerdo a

algún canon poético y estos sólo se encontraban en la poesía clásica.

Como de poesía clásica no sabía absolutamente nada me dediqué a investigar del modo en como se hace en estos tiempos, uno tipea poesía clásica en el buscador de *google* y aparecen un montón de cosas. Ese suele ser el trámite previo a ir a *wikipedia* y ver algún artículo que se relacione con el tema. Por último, y para darle rigor científico al asunto uno va a la página de la RAE (Real Academia Española, rae.es) y allí empieza a buscar las palabras clave que sacó de *wikipedia*. Así uno aprende lo que es un soneto, lo que es un alejandrino, un romance, un hemistiquio u otras palabras bastante ajenas al lenguaje cotidiano constituido por poco más de once palabras.

Hecho lo anterior y después de un par de días de lecturas que sumado en horas también daría dos, me sentí con el conocimiento suficiente como para empezar a escribir poesía clásica.

Según las definiciones los poemas que tienen versos de ocho sílabas o menos están encuadrados en lo que se conoce como «arte menor» y los que tienen más de ese número de sílabas se conocen como de «arte mayor». Estas denominaciones tienen su historia pero no son pertinentes en este encuadre más que para decir que de ningún modo iba a hacer poemas con temas disciplinarios que ni por equívocos se relacionaran con algo llamado «arte menor». Por lo tanto los poemas tenían que ser de «arte mayor».

Sus versos podían ser de cualquier número mayor a las ocho sílabas pero las musas (a esta altura puedo hablar en esos términos) me enviaron otro mensaje. El caso es que empecé a leer poesías y a captar su estructura, a seguir su cadencia, su ritmo, observar su acentuación, por supuesto la rima, la métrica y hasta la sonoridad de las palabras y la relación entre sonoridades de palabras.

Entre los autores, estilos y formas poéticas la que más rápido incorporé fue la del verso alejandrino en la versión de Rubén Darío. Este tipo de verso se divide en dos partes de siete sílabas (llamadas hemistiquios), cada parte debe tener el acento, sea ortográfico o prosódico, en la tercera y en la sexta sílaba. Puede tenerlo en otras partes también, pero lo esencial para el ritmo es que lo tenga en esas dos sílabas, eso le da una cadencia particular que, por razones que se me escapan de modo absoluto, me fue muy fácil de reconocer, seguir y producir.

Este último ítem fue esencial, rápidamente puedo emitir una frase que tenga la estructura de un verso alejandrino con la métrica y las acentuaciones correspondientes. A partir de allí el problema se reducía a las rimas y, desde el punto de vista del interés planteado, a la posibilidad de expresar en poemas las experiencias diversas (entre prácticas, registros, indicadores, etc.) de la Disciplina Mental según la versión de mi propio proceso.

Realicé algunas prácticas que están a buen resguardo de cualquier hipotético lector hasta que surgió una producción que tenía cierta técnica como poema, aunque su temática no hacía referencia a la experiencia disciplinaria.

La inminencia de la muerte

En esta situación de carencia de televisión e internet, el tema de la poesía no fue el único que apareció.

En una de las tantas experimentaciones con músicas y poesías, y tratando de seguir el rastro de climas, intuiciones o hasta emociones inefables que se suscitaban, tuve la intuición o la ocurrencia de que me encontraba cercano a la muerte, que iba a morir en un plazo no muy largo.

Empecé a pensar que en realidad mi objetivo de ayudante, ladero, seguidor o lo que fuera, de Silo ya había sido cumplido y que no había nada, por lo menos en este planeta, que se acercara al nivel de aquella experiencia, por lo tanto y dado que uno no tiene más nada que hacer aquí lo más probable es que uno se muera y eso debe estar en la copresencia y por eso es intuitivo.

Las apelaciones hipotéticas del tipo de la motivación del «vamos, vos podés hacer tu propio proyecto, etc., etc.» le parecen a mi soberbia intelectual, o a mi soberbia a secas, de una ingenuidad patética. De cualquier manera me dije que también podría tratarse de una traducción de registros muy internos del cuerpo y que no vendría mal una visita al médico, pero también se me ocurrió que podría estar asistiendo a un final de época, a un cambio de etapa importante o algo similar. De modo que las distintas hipótesis debían ser exploradas, una yendo al médico y las otras estando atento a las señales direccionales.

En la hipótesis de que estuviera por partir de este plano, por morir, o como se le quiera llamar, me dije que muchas cosas deberían sacarse de la lista de los pendientes, entre ellas el tema disciplinario y su incierta completitud. En este punto se empezó a delinear la idea de “repassar” el proceso disciplinario pero en otra clave y con mayor energía. La imagen neta que surgió fue la de expresarla en poemas, y a eso dediqué mis esfuerzos durante aproximadamente quince días.

De este modo la idea de plasmar algunas experiencias disciplinarias a modo de poemas continuó perfilando su carácter de trabajo interno que intentaba ir más allá de expresar algo hacia el mundo, sin por esto secundarizarlo.

Los poemas

Así, poco a poco, de una manera muy clara y que detallarla llevaría mucho tiempo y espacio, se fue definiendo el proyecto de los «Poemas mentales».

La primera idea fue la de hacer tres sonetos por paso, uno referido a la descripción del mismo, otra a las prácticas hechas para develarlo y el tercero para sintetizar las comprensiones, caídas en cuenta y otros indicadores.

Uno de los primeros obstáculos que encontré fue el lenguaje. Algunas palabras como intencionalidad, identificación, determinación, encadenamiento, intersubjetividad, sencillamente no entran en un hemistiquio, y si entran no respetan el ritmo. Primer problema: decir lo mismo con otras palabras. Este punto empezó a ser otra de las claves del trabajo no tanto en cuanto a expresión de la intención original sino como punto de partida para transformarla en algo superador, algo que a la postre resultó ser la intención de fondo.

Este obstáculo me «obligó», en muchos casos, a la búsqueda de términos más adecuados poéticamente y que no deformaran el significado original. Además estaba el tema de las rimas, el lenguaje cotidiano es muy limitado y fuera de las rimas verbales que son fáciles y de escaso valor poético, es muy difícil encontrar en él muchas posibilidades de rima. Por eso el lenguaje se hace un poco anticuado porque es necesario apelar a palabras que si son conocidas no son de uso corriente o que directamente están en extinción. Además, hay algunas palabras que por insólito que parezcan no tienen rima, una de ellas es muy cercana a nuestros temas, la palabra «imagen» no tiene rima que no sea verbal en el modo imperativo o presente del subjuntivo en la tercera persona, por lo que difícilmente un verso puede terminar en ella. La palabra «otro» tiene muy pocas rimas y de ellas muy pocas tienen relación con el tema y esto en algún paso donde se hace patente la existencia y conciencia del «otro», nos encontramos con similares dificultades.

Todo esto va haciendo que a medida que «asciende» la experiencia, es decir casi apenas después de la primera cuaterna, la cosa se hace un poco esotérica y culterana. Pero bueno, son los riesgos de la idea emprendida, a nadie se le puede ocurrir que se va a dedicar a la fabricación de carcajes (*“especie de cuja pendiente de un tahalí, en que se mete el extremo del palo de la cruz cuando se lleva esta en procesión”*) y va a vender muchos.

A poco de adentrarme, casi sin haber empezado, me di cuenta que el soneto iba a limitarme mucho, pero como ya había publicitado la idea de que iba a trabajar con ellos, decidí conservar dos para cada paso, uno para describirlo y otro para sintetizar algunos registros que me parecieran esenciales. Para el resto de los poemas, cuyo número quedo indefinido, mantenía el tipo de versificación ya incorporada en unidades formadas por pares de estrofas de dos y cuatro versos. Los primeros dos con rima entre ellos y los restantes con la disposición consonante de primero con cuarto y segundo con tercero. En la mayoría de los poemas esto operó como copete y desarrollo, cosa que no pude evitar y que es un desperdicio de versos.

Esta «soltada» del canon inicial (la idea de tres sonetos por paso) provocó una estampida de poemas sólo detenida por el seguro colapso neurovegetativo que alcancé a intuir. Una de las primeras observaciones que hice en mi gestión como poeta es que esta es una actividad no sólo poco redituable sino agotadora.

Ante esta evidencia primera me dije que lo mejor sería desarrollar los poemas relativos a una cuaterna, descansar un tiempo y luego seguir hasta que estuviera concluido. En mi fuero más profundo sabía que eso no iba a ser posible, que si tenía alguna posibilidad de terminarlo iba a ser «de una vez» y ya que esto aparecía como improbable también era improbable que terminara este proyecto. Me dije que de cualquier modo lo intentaría porque seguramente algo iba a aprender y además me ponía en tema, de algún modo, con las cuestiones en las cuales estaba buscando un abordaje distinto.

También observé que no iba a ser posible terminar y listo, que se imponía alguna revisión porque saltaba a las claras que los poemas iban mejorando a medida que avanzaba, lo que significaba que los primeros poemas no eran buenos o no estaban adecuadamente desarrollados. Decidí dejar esa revisión para la obra final, si esta no existía no había mucho que revisar.

Terminada la primer cuaterna, y después de una breve y sumaria ceremonia de autosatisfacción que simplemente constó de releer un par de veces la producción y ponderar como aceptables un par de poemas, me dispuse a descansar. Pero antes de hacerlo encaré una revisión de anotaciones referidas a la segunda cuaterna, hice selección de algunos temas y comencé a probar si podía escribir algo, la prueba salió bien y antes de lo que podía imaginar ya estaba instalado en la producción de la segunda cuaterna.

Esto tuvo algunas consecuencias secundarias, la principal es que empecé a «estar como loco», cosa que se manifestaba en el hecho de estar casi permanentemente, aun en sueños, «envuelto en rimas». Me despertaba por las noches con, a veces, poemas casi completos, el sueño me convencía de que era imposible que me los olvidara y me volvía a dormir. Por supuesto que despertaba sin el más mínimo recuerdo del susodicho poema, salvo algunas veces en que sobrevivía al olvido algún verso o parte de una estrofa.

Este «estar como loco» se trasladó al resto del tiempo diario con un único cable a tierra, cocinar o hacer alguna compra. Todo lo demás era poemas, poemas y poemas.

Aunque no parezcan tantos, son poco más de cien, algunos fueron reescritos por completo y otros en partes. Son pocos los que salieron «redondos», la mayoría de ellos son los que «cayeron del cielo». Del cielo solían caer algunos pedazos, algunas rimas, algún verso, algún giro y, ocasionalmente, un poema entero.

Cuando se avecinaba el fin de la segunda cuaterna, a los poemas inspirados en la segunda cuaterna me refiero, me dije que la tercera no iba a ser fácil, que no había tanta anotación, ni experiencia, como en las anteriores y que iba a tener que refrescar registros mediante la evocación directa en prácticas.

Ahora sí iba a parar un tiempo antes de encarar la producción final. Para prepararme mejor, cuando andaba por el paso siete en cuanto a poemas, empecé una rutina consistente en hacer el primer paso, saltar al nueve y así hasta terminar la cuaterna.

Me encontré con un hecho curioso, el registro de los pasos en esta rutinas tenía una concentración, un volumen y una energía totalmente inusitados. Fundamentalmente este último punto era el más destacable. Apenas me ponía en situación de hacer la práctica del primer paso se producía un enorme ascenso energético desde el centro productor hasta la cúspide. Hago una descripción que más bien se encuadra en la Disciplina Energética que en la Mental no porque estuviera haciendo una práctica de ese tipo, sino porque lo

dicho describe mejor la experiencia y su registro.

Es claro que esto tuvo la virtud de profundizar el estado de «estar como loco» y ya no detuve la producción, ahora quería terminar todo el proceso de una sola vez.

Simultáneamente me pasaban cosas raras a las que, concentrado como estaba en el asunto de los poemas, no les di relieve o no les presté atención, pero esto forma parte de otro acápite.

La revisión de la disciplina

Sucedió que al hacer selección de temas para llevarlos a la forma de poemas tuve que, en gran medida, revivirlos. Además no quería plasmar otra cosa que no estuviera consignada en las anotaciones hechas en su momento.

Adicionalmente necesitaba ponerme en el clima de la cuaterna y del paso a que se referían ciertas anotaciones. Si toda la disciplina, por haberla experimentado, estaba en copresencia, esta no debía traerse intencionalmente a la presencia. Es decir, si ahora pudiera entender algún paso, o registro o indicador de manera distinta a la de aquel momento, lo ideal era reflejar el original. De ese modo iba a poder rehacerse el proceso paso a paso y no sólo una visión actual distribuida en distintas imágenes.

Lo anterior, sorprendentemente, se cumplió en buena parte y esto es lo que permitió “revivir” la experiencia, es lo que generó el ámbito de nuevas comprensiones y lo que, fundamentalmente, permitió el surgimiento del registro de completitud del proceso disciplinario.

La desestabilización

Sería inexacto atribuir la responsabilidad de la desestabilización al período de trabajo con los poemas. Esto, según hemos venido viendo, tuvo distintos hitos en los que ya se veían manifestaciones. Sin embargo, al encarar la producción de los poemas, esta desestabilización se extendió y profundizó. Ya no se trató de impresiones o momentos en los cuales una comprensión, una caída en cuenta o una situación me brindaban un registro inusual. Ahora se trataba de un período de varios días en los cuales el pensamiento, el sentimiento y la acción se encontraban, como mínimo, muy trastocados, con el agravante de un sensible aumento energético.

Este aumento en el caudal energético disponible tuvo ciertos detalles a considerar, primero fue su carácter ascendente y exponencial, luego su dirección, la energía tendía a trasladarse por los centros alimentando, inclusive, la intuición y la inspiración. En algunos, pocos, registros callejeros (digo pocos porque salía poco) experimenté por un lado, una intensa *joie de vivre* manifestada en una gran satisfacción por estar vivo y presente, consciente. Tenía este estado un cierto rasgo excesivo, me sucedía ir por la calle y atender a cada persona con la que me cruzaba de modo individual, disparándose actos de intuición con el que me parecía adivinar su vida y su futuro. Así me cruzaba con la gente que transitaba por la calle y sentía la estela de su transcurrir mientras se alejaban. Esto me provocó una cierta sobredosis de humanidad que, por momentos, me resultó excesiva. Felizmente toda esa tensión se volcó a la producción de los poemas en lugar de dispersarse en imaginerías intersubjetivas.

Con lo anterior queda ilustrada la inestabilidad que experimenté en el período de trabajo con los poemas mentales. Es claro que sin este fenómeno hubiera sido casi imposible la tarea. La única copresencia ominosa estaba constituida por la posibilidad de que, repentinamente, se agotara la gasolina, es decir me quedara no sólo sin inspiración sino sin ganas ni motivación alguna. Es decir que derivara a obra inconclusa. La aspiración, la ambición, la magnitud que tenía hacían sospechar que este destino, el de la inconclusión, era el más probable.

Los aprendizajes

No sólo de desestabilización vive el hombre, son necesarios otros condimentos para lograr el objetivo propuesto, y estos vinieron en distintas formas. Para comenzar, comencé a comprender lo que había comprendido durante el proceso disciplinario, no es que lo comprendiera ahora, no, lo había comprendido en su momento pero no tenía conciencia de ello o, si alguna vez la tuve, me había olvidado. Además, no tenía el panorama general, la noción de proceso que está implícita en la disciplina y, que al ir haciendo los poemas se fue mostrando hasta, finalmente exponer la íntima trama de estas extraordinarias operaciones, es decir, comprendí de un modo estrictamente válido para mí, cómo operaba cada paso, cada cuaterna y la disciplina entera y porqué operaba así y no de otro modo. O sea, experimenté que comprendía la lógica interna de la disciplina y, me dije, de cualquier disciplina posible. La configuración de conciencia que se orienta a lo poético tiende a la exageración pero difícilmente al error de dirección (por aquello de que “la realidad habla por boca del poeta”).

Pero no sólo había en los aprendizajes cuestiones generales, abstracciones o grandes temas, habían también de los más pequeños. Entre ellos destaco la evidencia de temas que no estaban del todo resueltos y ni siquiera estaban muy estudiados y que, paralelos al trabajo poético (a estas alturas ya era eso), mostraban sus preguntas. Así aparecieron algunos temas distintos pero conectados que tuvieron su resolución en este período, uno de ellos es el de la pareja ideal y el otro es el del núcleo de ensueño.

Ahora me parece obvio y hasta bochornoso no haberlo considerado con anterioridad dado lo elemental de la cuestión. Es decir si el núcleo de ensueño orienta la totalidad de estructura de la conciencia en la dirección de su sistema de imágenes compensadoras de la carencia básica de la personalidad. Y esa carencia básica tiene su raíz en deficiencias vegetativo-sexuales, se comprende, por un lado, la relación que puede tener con el tema de la pareja ideal. Por otra parte se comprende que cuando encaro una disciplina, proceso desestabilizador por excelencia, en algún momento me voy a encontrar con estos temas. Ya sea que el núcleo de ensueño sea un obstáculo al desarrollo, ya sea que la aceleración precipite su completitud, ya sea que aparezca como reservorio de resistencias, fortalecimiento del registro del yo, debilitamiento del propósito u otros fenómenos, es claro que el tema es de interés y algún indicio debe haber aparecido en algún momento del proceso disciplinario si uno lo hizo con un mínimo de aplicación.

El punto es que el guía, esa imagen plástica que tanto me acompañara durante el proceso disciplinario, ya me había indicado con precisión qué es lo que había que hacer con respecto al tema. Es cierto que lo había planteado como tema general, abstracto, conceptual, pero lo había hecho. Y otro punto es que, si bien había comprendido el “mensaje” del guía y hasta comprendía las causas y consecuencias del asunto, en ese momento esa comprensión que era grande, no era profunda. Y cuando esto sucede las cosas pueden ser deslumbrantes y hasta asombrosas pero no tienen gran calado. Para que haya esto último debe haber más energía, debe aumentar exponencialmente el caudal energético hasta el borde casi del descontrol. Debe uno desestabilizarse, deben abrirse brechas hacia los espacios profundos y el yo debe estar como “bola sin manija”. De otro modo todo entra en el campo de control de ese fenómeno, el yo, que por muy extraordinario que sea, se mueve en un panorama muy limitado y que, por sobre todas las cosas, aspira a la conservación.

Así, en el contexto de la producción poética, se comprendió la operación que la Disciplina Mental había hecho en mí, se ajustaron los detalles dudosos, eliminándose toda duda

respecto de su corrección, se completaron las cuaternas con claros registros de aciertos, expresados en síntesis de pasos, de cuaternas y de la disciplina entera en la forma de poemas.

Además en algún momento de este desarrollo poético se produjo o se tomó conciencia de la formalización del núcleo de ensueño que, aparentemente, terminó su larga influencia de cincuenta años. La consecuencia de esto es que se experimenta que toda una vida ha terminado y es casi ajena y toda una vida aún no empieza. Esto último, según se nos ha explicado más de una vez, permitiría direccionar sus imágenes trazadoras. Siempre se dijo que el núcleo de ensueño es como un sol que no puede observarse cuando está en el zénit, pero sí cuando decae o cuando nace. También se nos ha explicado que cuando se lo puede ver como imagen es porque se ha sintetizado en un arquetipo y ya ha dejado de motivar, en otras palabras, ha muerto.

Después de haber terminado la disciplina, después de haber hecho este trabajo poético que permitió convalidar y consolidar registros, especialmente en la tercera cuaterna, y con el adicional de estar en situación de influir en un nuevo núcleo de ensueño, me doy cuenta que están dadas mis mejores condiciones para orientarme cabalmente a la ascesis, al acceso a lo Profundo.

Tal vez todas estas complicaciones no hayan tenido otro objetivo que el de empujar mi existencia en esa dirección. Si es así habrá que formular un nuevo agradecimiento al guía y, con certeza, al Maestro que sigue arrojando zapallazos desde lo alto para ver si de una vez por todas uno despierta o, cuanto menos se orienta en esa dirección.

La cuestión energética

En varios párrafos señalé el tema de los fenómenos energéticos concomitantes tanto de las prácticas disciplinarias como de la construcción de los poemas.

Creo, es una hipótesis difícil de probar, tengo el registro (esto es un poco menos cuestionable) que la elevación energética es la que ha permitido todos estos fenómenos que vengo describiendo. Esta energía la atribuyo al vacío que me quedó después de la partida del Maestro. Es cierto que para que este vacío fuera fructífero no debía derivar hacia el seguimiento de sentidos provisorios. Este punto lo tengo claro, eso no sucedió, no porque no quisiera sino por falta de creatividad, vocación, riqueza interna, etc., de otro modo seguramente hubiera encontrado un camino en el cual volcar el acerbo vital.

Felizmente, si se quiere, eso no sucedió, de modo que no apliqué la energía disponible a ningún proyecto en particular lo que, de cierta forma, aumentó el registro de vacío y con él la espera del surgimiento de la inspiración o la configuración de conciencia que me pusiera en marcha en el nuevo momento.

Esta energía disponible encontró un cauce y un sentido, en cuanto dirección, en estos poemas mentales, que en su desarrollo se constituyeron como encuadre donde se hicieron posible una serie de actos de síntesis de algunos procesos y puesta en marcha, aparentemente, de otros.

Es posible que sea cuestionable que todo un caudal energético registrado como consecuencia de un gran vacío cuasi existencial, derive hacia la producción de unos poemas que difícilmente sean leídos y cuyas consecuencias quedan recluidas en una dudosa subjetividad. Este cuestionamiento podría enfocarse en la ausencia de una dirección hacia el mundo, o en su carencia de involucración social, y si esto se hiciera sería totalmente adecuado, justo, descriptivo. Pero el caso es que lo que ha surgido son estos poemas y su significado como terminación de una etapa y, quizá, comienzo de otra. Las consecuencias de esto hacia otros planos, de cualquier índole que sean, no están claras todavía, si es que se está en dirección a que se exprese alguna. Pero lo claro es que el registro de estar haciendo exactamente lo que debía hacerse fue tan intenso y cierto que todo lo demás queda fuera de cuestión, es secundario, irrelevante, insustancial.

Hipótesis

A partir del trabajo de elaboración de estos “poemas mentales”, se fueron sintetizando una serie de hipótesis que, varias de ellas actuando como creencias, se acumulaban en la copresencia, con algunas salidas más o menos precisas hacia la presencia.

Algunas de ellas no tienen relación temática ni lógica con las explicitaciones anteriores ni con los poemas, pero surgieron en concomitancia con ellos. Copresentemente a la producción poética se presentaban temas de interés, incógnitas, formulaciones sintéticas que me aclaraban temas hasta ese momento poco claros. Pareció útil o pertinente incluirlos porque desde otro ángulo ilustran el momento de este relato de experiencia.

En general no son estrictamente hipótesis sino que funcionan como axiomas o postulados básicos, pero al no ser reconocidos ni estar planteados de esa manera en el intercambio habitual de significados, corren por el andarivel de las creencias personales que muchos, en una medida u otra tenemos y no nos parece adecuado tratarlos como dato de la realidad, aunque la alteran fuertemente en el orden de la interpretación y de la percepción.

No me he tomado el trabajo de clasificar estas creencias de modo de poder exponerlas, por ejemplo, en manera jerárquica, de las menos a las más importantes o viceversa. Tampoco me he guiado por sus relaciones tratando de agruparlas según categoría o tipo. Sin embargo reconozco algunas que son nodales o que tienen mayor antigüedad, o que aparecen con más frecuencia.

Así siendo, voy a confiar en la espontaneidad que a veces suele esconder un orden ignorado por el operador, dejaré que surjan como una lista de compras donde, muchas veces sin querer, los artículos se agrupan por sección. Esto podrá sonar como una justificación para no tomarse el trabajo del caso.

Es posible que lo anterior sea cierto pero también es posible que aún esté sumergido en la obra poética y espere más de la musa o el numen que de las propias facultades.

Dicho lo antedicho pasamos a las hipótesis-postulados básicos-axiomas-creencias.

La infalibilidad

Hace aproximadamente unos quince años o poco más, el amigo Salvatore Puledda dio un discurso en Santiago de Chile que resultó ser una suerte de panegírico a Silo. En él lo llamó de varias maneras, resaltando diversos atributos de su personalidad, su ideario, su acción. Entre ellos destaco el de “maestro” y el de “iniciado”.

Fue mucha la osadía de nuestro amigo en esa ocasión. Expresó sin mucha autocensura la más interna imagen que tenía de Silo y que, aparte de escritor, filósofo, pensador, orientador y aun maestro, era un iniciado.

Esta palabra no es propia de nuestro vocabulario, no es un concepto con el cual nos denominamos entre nosotros ni lo hemos hecho con Silo, es más bien una palabra muy afín al mundo esotérico u ocultista. Pero independientemente del ámbito de referencia de dicho signo cobra importancia el significado que contiene. Estos son diversos según de qué corriente provengan, pueden tratarse de hermanos de logias super secretas, inmortales morando las cumbres de una montaña mística, extraterrestres super avanzados en lo tecnológico y en lo mental, personas que han logrado un alto nivel interno y se han transformado en eso, etc. pero todos ellos están encuadrados en la categoría o ámbito de lo extraordinario, suprahumano y calidades similares.

No logro identificar a Silo en ninguna de esas categorías por más que reconozca rasgos que podrían haber hecho que se lo catalogara en varias de ellas.

La cuestión se torna un poco difícil porque entra en cuestión el juez del asunto, es decir, cómo habría yo de saber cuál es la naturaleza de un ser al que se tiene por extraordinario.

Es un dilema y el mismo se resuelve no por el lado de la fundamentación sino por el lado de la creencia sin mayor fundamento.

Recordé que hace muchos años leí un librito de un tal Edouard Schüre, llamado “Los grandes iniciados”. Silo no estaba entre ellos pero allí estaban muy acompañados entre sí casi todos (o todos) los fundadores de grandes religiones y creo que uno que otro personaje filosófico célebre, del nivel de Pitágoras o Platón.

Es claro que leer las ideas o propuestas de estos grandes iniciados después de muchos siglos no es la mejor manera de conocerlos y, menos aún, de ponderar su nivel interno, por llamarlo de algún modo. De cualquier manera, como el concepto es ilustrado con ellos, dando por sentado su total superioridad espiritual, no queda otra que dar por cierta la cuestión.

El caso es que comparando por comparar, no me parece que ninguno, ni siquiera el Buda a quien tanto respeto y aprecio, llegara a las cotas de nuestro Maestro.

Las acusaciones de parcialidad, favoritismo, etc, son totalmente fundadas y afirman la hipótesis-creencia del título. Teniéndolo pues en esa valoración es prácticamente imposible que no piense y sienta que él era infalible.

La pregunta que se impone es, ¿infalible en qué?

Ciertamente no era infalible en aquellas cosas a las que no se dedicaba, tampoco en aquellas en las que él reconocía un conocimiento superior en otros, por ejemplo, alguna

técnica para la producción de cerámica o en el campo del conocimiento de algún idioma.

Unas respuestas parciales traen otras preguntas y así pregunto, ¿a que se dedicaba Silo?

Aquí es donde aparece una punta para la hipótesis que traigo, y extraigo. Silo, a mi entender se dedicaba a la generación de ámbitos y procedimientos que propiciaran el despertar de la conciencia humana, y nada más. Todo lo demás es, esencialmente, adorno (según mi hipótesis).

Entonces, si él era infalible los resultados habrán sido estadísticamente perfectos. Esto es difícil de afirmar, el único caso que tengo a mano es el propio y, si bien puedo afirmar que hay alguna esperanza, lejos estoy de poder afirmar que esto que estoy escribiendo proviene de una conciencia despierta. Es más, el espacio que ocupa la creencia que estoy formulando más bien prueba lo contrario.

Aun la infalibilidad se da entre condiciones y hasta lo involucable se vuelca, de modo que no podemos someternos al extremismo del lenguaje. Sin embargo, creo que Silo tenía "oído absoluto" para formular ámbitos y procedimientos que propiciaran el despertar de la conciencia humana. Y esto significa que no había, para este tiempo y espacio, otros mejores. El ámbito estaba creado, la mesa estaba servida, adecuadamente servida, lo demás ya dependía de otros factores muy que muy vibrátiles, tales como pueden ser las diversas características de los diversos yoes, propios y ajenos, tan dependientes de la altura del tiempo histórico.

Desde esta perspectiva planteo la hipótesis de que todo, absolutamente todo, por alejado que parezca del propósito, tenía el mismo objetivo, propiciar el despertar de la conciencia humana. Así, cuando proponía actividades organizativas, estructurales, políticas, sociales, culturales, de difusión, de intercambio, de trabajo personal, de estudio, de reflexión, etc. estaba en todos los casos, en su primera y en su última instancia tratando de crear la atmósfera que, repito, propiciara el despertar de la conciencia humana.

¿Y en qué consiste ese despertar?. Considero, siempre en el campo de la hipótesis, que en, mínimamente, observar, comprender y, eventualmente, superar el ensueño, la identificación, la ilusión.

Desde el punto de vista planteado deberían revisarse todas las iniciativas, especialmente las que fracasaron según su interés manifiesto para verificar qué es lo que fracasó realmente y quién fue el protagonista de tal fracaso y, fundamentalmente, cuál era la función procesal de ese fracaso. Observar los modos en que en medio de justificaciones y ensueños los he negado, cerrando el paso a su precisa operación, impidiendo que fluya la conciencia por los estados internos que le son propios y encuentre las derivas hacia las corrientes ascendentes. Observar los fenómenos, observar la dirección de los fenómenos en su repetición, observar, observar. He ahí una de las claves del posible despertar de mi conciencia.

Actuar, dirá alguien a modo de contrapunto. Actuar, diré, si no, ¿qué voy a observar?

Silo era infalible, no en hacer puentes o realizar operaciones quirúrgicas, él no era ingeniero ni médico, pero desde el inicio, desde su primer Mensaje del año 1964, apenas un cuarto de página, expresó con claridad el propósito de despertar la conciencia humana. Y eso está, infaliblemente, en marcha.

Las ventajas de la infalibilidad radican en que al tomar como fallido algo que no falló evidencio un modo de ver ajeno o extraño a ese proceder, y esto me pone en cuestión en cuanto a mirada y dirección mental. La opción de la infalibilidad es, a las claras, un emplazamiento que propicia la necesaria desestabilización de los trasfondos de los que se nutre la conservación del yo, su afirmación y su hipnosis.

Por otra parte, considerar que todo lo hecho, y dicho por Silo, está bajo escrutinio y que puede ser reemplazado o superado, nos coloca, o puede colocarnos en la situación de apelar a los propios registros, a las propias certezas, lo que no está mal como experimento, siempre que se tenga en cuenta que allí pueden estar también el ensueño, la identificación y la ilusión.

Puede pensarse, tal vez con razón, que este tipo de pensamiento niega la evolución, la superación de lo viejo por lo nuevo. Es posible, pero también es posible, y altamente probable, que con estas argumentaciones se quiera escapar del fracaso sin comprender toda su enseñanza.

El vacío

El último gran ámbito que propició el Maestro hizo necesario su escamoteo, su desaparición, su partida, su muerte. Esta dejó estampado el futuro en un tiempo mítico (*in illo tempore*, como diría Mircea Eliade).

Este hecho no ocurrió en cualquier momento ni estuvo en manos del accidente. Fue anunciado mucho tiempo antes. El primer indicio, en lo que hace a mi registro, ya se dio en Bogotá en 1995, posteriormente el indicio se fue haciendo anuncio, hasta que casi tenía plazo fijo, un año.

Cuando finalmente sucedió fue sorprendente, porque siempre, desde niños, el juego de “ahora está, ahora no está”, nos suscita el acto de sorpresa, en su negación de la continuidad de todo fluir.

Si tomamos como primera referencia aquel año, 1995, aunque ninguno de nosotros tuviera cabal noción de lo que estaba siendo considerado, veremos que comenzó un momento de “empinamiento”, de elevación de miras, de cierre de proyectos, de saldo de deudas, de todos los actos de completitud que fueran necesarios para dejar energía libre para otros procesos.

Estos otros procesos, que no son más que los que hemos visto encuadrados en el significado de Escuela, comenzaron aproximadamente después de la celebración de los treinta años de la arenga de Punta de Vacas con su gran frase, “hemos fracasado porque no hemos podido...”. Es llamativo que se recuerde con más fuerza su propia réplica, unos años después, con la frase “hemos fracasado pero insistimos...”. Ambas frases tienen sentido unidas y profundizadas, de otro modo enfatizar sólo la segunda tiene sabor de revancha, es lo opuesto de lo que quiere ser.

Esa frase de 1999 dejó un vacío, pequeño, no muy desestabilizante, pero era una pequeña dosis como para ir probando tan extraña sustancia, tan paradójica sustancia.

El montaje de la Escuela con sus actividades, más sugeridas o sospechadas que conocidas, fue vaciando de significado, de contenido vivencial, de calor, de amor, lo que conocíamos hasta ese momento. Así organismos, estructuras, iniciaron un proceso de vaciamiento de sentido muy poderoso. Estas cosas cuando se las vive, cuando se está identificado con ellas, cuando se está tan próximo al suelo, puede producir todo tipo de fenómenos, desde el escepticismo sobre las reales posibilidades de transformación hasta el pragmatismo que impulsa a apropiarse de lo que sea, aunque sean significados en declive, mientras aún existan y otorguen algún beneficio real o imaginario.

La carga se fue hacia lo alto y lo alto si bien se mostraba no era muy generoso en sus dádivas. Esto, necesariamente, aumentó el tropismo hacia él.

Interesantísimo trabajo transferencial si se lo mira de ese modo.

Es claro que la perspectiva de quien plantea estas cosas es tal que estos temas le impactaban fuertemente en la conciencia. Probablemente hubiera personas que por ser nuevas en estos procesos o por tener vocación por cuestiones que sólo parcialmente se encuadran en el humanismo, probablemente hayan pasado por alto todo esto. Sin contar con aquellos que pudieran estar en algún grupo o estructura que operara como “filtro” de la realidad, no sólo de la externa sino también de la interna.

La información, los encuadres, no existían mayormente en un primer momento, lo que seguramente daba lugar a la interpretación y la intercepción informativa. De cualquier modo esto no es del todo importante porque en el proceso todo iba a tender a la homogeneidad, a la paridad, a la igualdad de derechos y oportunidades, etc.

Poco a poco el vacío se transformó en un lleno, básicamente un lleno de expectativas respecto a la posibilidad de acceder a los trabajos de Escuela y a ella misma. En muchos casos esta ansiedad sólo estaba en la conciencia de los orientadores o de los miembros más antiguos, pero de cualquier modo tendían a teñir toda la atmósfera.

En algún momento de ese proceso se disolvió la estructura del movimiento y también, tal vez de modos menos perceptibles, se comenzó a dismantelar la Escuela en sus aspectos más periféricos, jerarquías, funciones, etcétera, y también los prestigios que se habían acumulado en el breve período desde que se abrió hasta los años 2008, 2009. El yo puede ser impermanente, puede ser insustancial, puede ser muchas cosas, pero básicamente parece que es indomable...

Pero la cuestión que se observa es que siempre que hay un vacío este tiende a llenarse y, en el caso del proceso que inició Silo, todo vacío es de una escala mayor que tiende a llenarse de algo mayor. Es la mecánica misma de la conciencia pero orientada, por decirlo de algún modo, en vertical, en el plano ascendente.

El último vacío que se generó fue el mayor de todos. Fue precedido por el mayor dismantelamiento realizado durante todo el proceso del Siloismo, dejando en pie, realmente, sólo a las personas, sus lugares destinados al estudio y la reflexión y los puntos de reunión que permiten a nueva gente iniciar la aventura (locales y salitas).

La partida de Silo, su muerte, y la necesaria ubicación de su representación en algún "lugar", en algún alto lugar, produjeron el vacío que hoy experimento. Digo experimentamos también, pero ya en el terreno de la hipótesis.

Este gran vacío no puede llenarse con cualquier objeto de representación ni de percepción, necesita algo en el orden de los significados que Silo diseñó y con los cuales dio forma a un paisaje que me opera e, hipotéticamente, nos opera como íntimo telón de fondo.

El momento actual

El momento actual es, para mí, muy difícil de discernir, no sólo por la novedad del mismo sino por la falta de un punto desde el cual pueda observarse el panorama. Panóptico he llamado a ese hipotético punto, remedando algunas definiciones de Foucault, desde el cual puede observarse todo.

La mirada de Silo respecto de todas las cosas, incluidos nuestros propios procesos, era ese punto panóptico que producía la ilusión de que uno veía lo que esa mirada veía.

Alguna vez me hice la pregunta de cómo es que él hacía para tener esa representación de las cosas que correspondía tan exactamente con la realidad de las cosas. También alguna vez me pareció caer en cuenta de que se trataba de realidades intencionales, es decir, estructuraciones que se hacían de los datos que se correspondían con las representaciones que previamente se establecían.

Lo anterior podía aplicarse perfectamente al pasado y, hasta, al presente, pero cuando con esta estructuración se prevé lo que va a suceder y esto después pasa, estamos ante algo más que meras representaciones direccionadas hacia la realidad, modificando la percepción. Así que me dije que debía haber algo más que se me escapaba, tal vez un método, tal vez la capacidad de observar detalles significativos que nadie advierte y que, a la postre, son la sustancia de los procesos.

En estas cavilaciones estaba cuando recordé una frase del Paisaje Interno que no justifica ni fundamenta esta hipótesis pero que sirve de inspiración para avanzar en ella. Esta frase dice lo siguiente: "... Y si lo reconozco en el paisaje, lo reconozco en mí."

Esta frase, sacada de su contexto, me sugirió que si quería conocer las claves del mundo externo, de los procesos conjuntos, de la sociedad o del mundo, lo primero que tenía que hacer era mirarme a mí mismo. En mí está el paisaje humano ejerciendo su influencia, aquí está el ritmo de los procesos movilizándolo mi energía en la forma de pensamientos, sentimientos y acciones, aquí están las representaciones de todo cuanto acontece en viva memoria, en constante movimiento, en constante transformación.

Todo esto y reminiscencias sobre las leyes de estructura y concomitancia me llevaron a la conclusión de que los procesos individuales que experimentaba no eran propios en sentido exclusivo, lo eran en sentido compartido, como parte de un conjunto en proceso en el que, más allá del folclore individual o grupal, íbamos en un mismo ritmo y en una misma dirección en la búsqueda del Sentido y en orientación hacia lo Profundo.

Ese es entonces el momento en que nos encontramos, un momento en que el gran vacío busca llenarse no con compensaciones provisionarias sino con los significados que le fueron destinados. Uno intenta estar a la altura de la circunstancia y, seguramente, cada uno que esté en esta dirección estará empujando el mismo intento.

Si lo anterior es así pronto se producirá una explosión creativa. Las formas que tendrá son difíciles de prever pero seguramente será reconocida cuando ocurra, será muy energética, mística y contagiosa.

El “formateo” disciplinario

Entre otras cosas concibo a las disciplinas como método de “formateo”, es decir dan forma a recorridos internos (físicos, de actos, de formas, de energía) de modo tal que la experiencia profunda tenga el ámbito adecuado para expresarse.

Siendo así las cosas aparece como de fundamental importancia no dejar estos procesos incompletos. Todos sabemos que los procesos disciplinarios se llevaron adelante de acuerdo a los plazos impuestos por un proceso mayor. Esto no significa que ese tiempo haya sido insuficiente en general, pero pudo serlo en casos particulares.

Creo entender que completar dichos procesos es esencial, no sólo para los individuos sino para el conjunto. Establece una cota, un parámetro interno desde el cual la experiencia y el intercambio elevan su nivel.

No se considera que sólo en los procesos de las camadas hayan incompletitudes disciplinarias. En realidad todo el proceso estuvo constreñido por plazos determinados, aunque fuera de años.

Estamos acostumbrados a que las cosas sean de cierto modo y muchas veces no advertimos que ese modo está en un contexto, en un momento de proceso mayor y que eso condiciona su forma, a veces de modo decisivo.

Por ejemplo, la imagen que se estructuró hace muchos años, en los primeros esbozos disciplinarios fue el de que la disciplina era una actividad de por vida, individual y, desde ese punto de vista, vinculada con las necesidades internas de cada uno. Entonces, algún día, cuando bajaran las expectativas hipnóticas que plantea la vida, cuando se hubieran desgastado los ensueños, se hubieran realizado los planes y proyectos y otros agotamientos de instancias, quizá uno podía retomar el tema disciplinario, quizá también hubieran en tal momento monasterios adonde retirarse si tal fuera la intención. Todo esto precedido de un trabajo de oficio, que podía ser de años, realizado con el propósito de lograr internamente los atributos de pulcritud, permanencia y tono.

Otro es el momento actual, otra es la situación del psiquismo en este momento, otro el grado de desestructuración, otro, en suma, es el nivel del conjunto de referencia. Esto, unido a que el fracaso ya no es un ensueño sino una realidad altamente instructiva, tal vez permitieron hacer las cosas del modo en que se hicieron. Y esto fue lo más adecuado.

Hoy no existen oficios que sean condición de la disciplina, a pesar que en los textos de referencia pareciera que se hablara en términos secuenciales. Hoy las cosas son planteadas en términos de síntesis, de simultaneidad, de concomitancia y, de modo muy esencial, en términos de las necesidades del operador.

De que estos procesos están en vía de sintetizarse ya parece que hubieran indicios o indicadores. Esto es un proceso que ya está en marcha y es de mucha importancia facilitarlos, básicamente proponiéndose una buena atmósfera, un buen clima de conjunto, aun en el desacuerdo.

La energía

Hablar de energía es hablar de un punto de vista al descifrar ciertos fenómenos. Pero los puntos de vista no sólo sirven para interpretar una realidad sino para actuar sobre ella. Este “actuar sobre ella” muchas veces simplemente consiste en una mirada, un configurar desde cierta perspectiva, las consecuencias vienen “por añadidura”.

Hay momentos en que un punto de vista prevalece sobre otro o es más adecuado que otro. La hipótesis que sostengo es que en este momento el punto de vista más adecuado es el energético. Esto no quita otros puntos de vista tales como el de la comprensión de temas por medio del estudio y la meditación sobre ellos, tampoco la experimentación en diversos campos sea internos o sociales, menos aún se opone a la estructuración de ámbitos de diverso tipo, sean parques, salas, locales, en lo físico, o relacionales e internos.

El punto es que lo decisivo en este momento me parece el tema energético. Y así como en algunos momentos es importante ordenar, direccionar, en este momento nos parece intuir que la clave está en elevar su nivel, su potencial.

Todo debe hacerse con más energía, con mayor potencial, apelando a fuentes muy amplias, exponenciando. El salto de nivel de las formas que hemos estructurado en los últimos años dependerá del nivel energético que se logre.

En un párrafo anterior se mencionó el tema de los oficios. Es llamativo que el Maestro haya optado por un solo oficio, distinto a los desarrollados en otros momentos, y que este fuera el del fuego. Entendemos que marca un interés, una prioridad y una dirección, y esta tiene el de las altas temperaturas, el de los altos niveles de energía.

Las señales de lo Profundo podrán ser sutiles, casi silenciosas, no es necesario arrebatargas con ningún fuego, pero desestructurar al yo, silenciarlo, llevar la conciencia a sus límites, sí que puede exigir altas temperaturas.

¿Cómo es que aumenta el nivel energético? En el contexto del proceso que puso en marcha el Maestro y después de haber pasado por la experiencia del vacío que propuso su partida, la cuestión, entiendo, es tomar contacto profundo consigo mismo, en una conciencia de sí concentrada y soltar. Soltar toda autocensura, todo temor, toda prevención, toda modestia, todo freno. Dejar que el formateo opere por sí mismo y que la energía vaya donde tiene que ir.

La apertura poética

Relacionado con lo anterior el tema de la apertura poética aparece como esencial. Es claro que no entiendo a la apertura poética en el sentido textual de la expresión sino como un símil que denota el tipo de actitud y registro interno al que se aspira con la misma.

En otros contextos el Maestro habló de la experiencia emparentándola o ilustrándola con el enamoramiento y al hacerlo no es que estuviera adoptando un rol de cupido o casamentero. No, simplemente apeló a una experiencia usual en nuestras vidas (si no lo es, habría que probarla alguna vez), para graficar lo que podría ser, en el orden de la importancia, la carga, la fascinación, que puede tener la experiencia profunda, además de la capacidad de orientar toda la estructura de la conciencia, así como su comportamiento, en una dirección sin contradicciones. El enamoramiento tiene esas características de profunda dación, por lo menos en el período en que aún no se ha transformado en simple acto posesivo.

La apertura poética, sugerida en la Mirada Interna, pondría la emotividad en tal condición que no obstruiría con sentimientos de retracción sino, por lo contrario, abriría caminos en su expansión, avanzando hacia el campo de la intuición, esencial para conectar con el mundo de los significados, esencial para avizorar los lugares donde la mirada no llega.

Tendré que ver qué modos articularé, qué actos internos, qué acciones pondré en marcha para facilitar esa apertura poética y de qué modo involucraré mi vida entera detrás de ella.

Sinopsis

Una serie de reflexiones relativas a la vida personal llevaron a ciertas conclusiones relacionadas con el proceso disciplinario, el vacío dejado por la partida de Silo, la intuición de la propia finitud y otros tópicos afines.

Estas reflexiones se centraron en la necesidad de configurar el registro de completitud del proceso disciplinario. Después de algunas dudas se decidió plasmar la experiencia vivida durante la etapa de discípulo de la Disciplina Mental en expresiones poéticas.

El desarrollo de la obra poética llevó un tiempo acotado a unos quince días, en los cuales, aparte del esfuerzo propio de la tarea, la conciencia se orientó hacia otras comprensiones, hacia otras amplitudes.

Las consecuencias de este trabajo, aparte de los poemas, fue la de devolver el registro de haber concluido el proceso disciplinario, ya sin dudas copresentes.

Además de esto, el trabajo tuvo la consecuencia de decantar una serie de impresiones que se plasmaron como hipótesis. Esta denominación no es muy ajustada a realidad ya que se trata más bien de estructuraciones tenidas por ciertas, como evidencias que no se someten a escrutinio sino que se presentan como expresión de creencias, de puntos de partida que, expuestos, muestran desde dónde se parte a la hora de interpretar o configurar cierta realidad.

Eduardo Montes. Agosto de 2013.